

LAS CORRIDAS DE TOROS EN TESALIA

Las corridas de toros no son de origen español. Pero, tampoco son de origen árabe como muchos aficionados piensan. Se sabe que, a España, llegaron por mediación de los romanos y que estos a su vez tomaron esta costumbre de los griegos. Es en Grecia, pues, en la culta Grecia, donde tiene su origen la FIESTA BRAVA que tan pujante se mantiene en nuestra patria después de veinte siglos.

Para ilustración de los amantes de la fiesta nacional española y en particular para nuestros queridos lectores de SEMANA, vamos a apoyar nuestro aserto con fundadas e interesantes razones.

LOS TOROS NO SON DE ORIGEN ARABE

Tal vez, el que muchos españoles y extranjeros atribuyan a los árabes el origen de las corridas de toros, se deba a las renombradas redondillas de Moratín, que también describen una de estas fiestas celebrada en el antiguo Magerit (Madrid), con la participación del más hidalgo caballero castellano de todos los tiempos; Rodrigo Ruiz de Vivar quien por sus proezas con los toros, recibe el sobrenombre de Cid.

Cierto que existen romances moriscos que tratan de corridas de toros acontecidas en las tierras que iban conquistando; pero, no existe crónica alguna que asegure que tales fiestas se celebrasen fuera de España. No hay novela africana ó historia mahometana de Oriente, que se ocupe de esta clase de fiestas públicas. Es más en el amplio vocabulario técnico español taurino, no se encuentra palabra alguna que nos haga recordar semejante hipótesis.

Don Serafín Estébanez Calderón y el Padre Mariana, personas juiciosas y competentes en la materia, niegan rotundamente este origen y, en su opinión, abundan la casi totalidad de los historiadores.

Es justo, pues, suponer que no somos nosotros quienes hemos tomado de los árabes esta arraigada costumbre, sino más bien los africanos los que al invadir la Península nos imitaron, prendados de la belleza espectacular con que lanceaban los toros nuestros hidalgos y caballeros.—

LOS ROMANOS

Si hemos de creer al mencionado Padre Mariana, la fiesta brava la tomaron los españoles de los circos romanos. En el Cap. XIX de su tratado "De Spectaculi", así lo asegura; aunque, según sus atinadas observaciones, se practicase de muy diferente forma.

Primeramente, fueron los sacrificios de estos animales por las almas de los difuntos (Véase diccionario Espasa); luego, las fiestas dedicadas a dioses infernales, en extramuros de la ciudad (Roma y sus Costumbres, R. Ortiz); finalmente, las peleas de toros con leones ó tigres que saliendo de los "fosos", se acometían en la arena del circo hostigados por la multitud ebria de san-

gre. (Recibimiento al Rey Francisco I. prisionero de los españoles en Guadaluajara.-Crónica)

Tal vez, en más de una ocasión, combatirían los gladiadores, con afilados darlos armados, contra los toros salvajes, del mismo modo que nos cuentan las crónicas que lo hacían con el rey de la selva. (Faviola)

Las fiestas romanas, sin embargo, no tenían la nobleza de nuestra fiesta. La cruenta lucha del circo, era más cruel; nuestras "corridas" tienen más prestancia, más vistosidad, menos sangre. En ambas se pide valor pero, en aquellas imperaba la fuerza bruta y en éstas el arte, la habilidad, la filigrana.

FIESTA BRAVA EN LARISSA

Son muchos los historiadores romanos que se extienden en pormenores al hablar de las corridas de toros en Tesalia.

Cuenta Plinio, que este espectáculo era ya conocido por los griegos tres o cuatro siglos antes de la Era Cristiana. v. trae en su apoyo, las monedas y medallones de aquella provincia en los que gráficamente se describen lances de la fiesta. Suetonio, añade que fue Larissa, la ciudad que más se distinguió por sus fiestas de toros y que sus moradores gozaban de la reputación de ser muy aficionados y diestros en ellas. Otros muchos, citan de pasada las corridas de Tesalia; pero, es Heliodoro, quien narra con más meticulosidad una

de estas fiestas celebrada en Larissa.

"Se soltaban a las vez, para ser picados, cierta cantidad de toros que en ocasiones importantes llegaban al centenar. Número igual de jinetes les perseguía y agujoneaba con afilados dardos. Cuando el caballero había fatigado suficientemente al toro, se acercaba a su lado y, tomándolo por los cuernos, le hacía girar violentamente, lanzándolo a tierra sin apearse del caballo. Su triunfo era celebrado con alegres vítores por el numeroso concurso."

"En ocasiones en que las fuerzas de la bestia no habían sido lo bastante debilitadas, el jinete era despedido de su caballo, y, asido a los cuernos del toro, luchaba con él hasta vencerle o ser vencido; pues, el furor del animal aumentaba al ver a su enemigo en tierra". . . .

Tal vez, de una de estas renombradas fiestas, tenga origen la palabra "hecatombe" que se emplea en ocasiones inapropiadamente. Por etimología, significa: "sacrificio de cien bueyes". ó de cien toros y partiendo de aquí, es fácil imaginarnos el fantástico espectáculo de cien jinetes acosando a otras tantas reses bravas, con el consiguiente escándalo y alboroto producido al cruzarse y recruzarse éstas, con la natural confusión de caídas, volteos y cornadas y el estruendo del público ante el fracaso de unos y el triunfo de otros.

Carlos Estecha

